

PANEGÍRICO II DE SAN JUAN BAUTISTA.

Non surrexit inter natos mulierum maior Joanne Baptista.
No ha salido á luz entre los hijos de mujeres alguno mayor que Juan Bautista
(MATT. XI, 11.)

Cuando unos hombres alaban á otros, no merecen mucha fé en sus alabanzas, porque, regularmente, nacen de ignorancia ó de pasión los encomios con que ensalzan al sugeto de sus panegíricos, y se dejan á un lado el mérito real y verdadero, que debe ser la única causa de los elogios. Solo aquel Dios soberano, que habita en lo interior y más recóndito del alma, que registra con sus penetrantes ojos los senos más ocultos de nuestro pecho, es el que, cuando elogia, elogia con verdad, y el que puede dar un justísimo testimonio de cualquiera criatura.

Esto supuesto, bien puedo yo entrar con libertad en las alabanzas de aquel esclarecido Santo, cuyos cultos hoy solemnizamos. Si; el grande, el sublime, el inclito, el excelso, el incomparable Bautista, tuvo al mismo Dios por predicador de sus glorias, y esto basta para argüir con evidencia sus relevantes méritos y augustas prerogativas. Pero ¿qué elogio le dió el Salvador del mundo, y cómo manifestó su grandeza? No quisiera ofender las virtudes y excelencias de todos los demás santos; pero es cierto, que á éste le veo elogiado por la suma Verdad sobre todos los justos. Entre los nacidos de mujer, hé aquí las palabras de Jesucristo, no se ha levantado otro mayor que Juan Bautista. Patriarcas, profetas, justos de la antigua alianza, apóstoles, mártires y doctores del nuevo Testamento, por mucho que os haya privilegiado la bondad del Altísimo, no teneis que ver con los privilegios de Juan. Éste se lleva la palma entre todos los escogidos, y luce con singulares brillos en el Cielo de la Iglesia como el sol entre los demás astros. No me gusta hacer en el púlpito comparaciones

odiosas, que de nada sirven para fomentar la piedad, ni ménos degradar á unos por elevar á otros; pero el testimonio tan auténtico del mismo Salvador á favor del Precursor sagrado me quita todo recelo, y no me deja dudar, que Juan ha sido el mayor de todos los nacidos. Excedió á Abel en la inocencia, á José en la honestidad, á Moisés en la mansedumbre, á Fineses en el celo, á David en la humildad, á Elias en la intrepidez, y á todos juntos en la grandeza de su alma y en el heroismo de sus acciones. No es posible en breve rato tejerle un panegírico digno de su persona, y me habré de contentar con trazar algunos rasgos, por ver si puedo sacar á lo ménos un mediano retrato de un perfectísimo original. Sus excelencias y virtudes se llevarán particularmente mi atención esta mañana; porque quiero elogiarle de manera que os sirva también el elogio de modelo é instrucción. Digamos, pues, de una vez, que Juan Bautista fué el santo de los mayores privilegios, y el santo de las mayores virtudes: en lo primero admiraremos la potencia y la largueza de Dios; en lo segundo nos avergonzaremos de nuestra relajación y tibiezas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

En la reparacion del mundo procedió Dios conforme á la creacion; porque si en la creacion formó una luz crepuscular, que distinguiera las sombras en que estaba envuelto aquel oscuro y tenebroso caos, y la formó ántes de la produccion del sol como precursora de este brillante planeta, tambien en la reparacion envió una antorcha encendida en caridad, que iluminase con sus rayos las tinieblas de la culpa que tentan ocupada la tierra, y preparase los caminos al verdadero Sol de la justicia y de la gracia. Juan fué encaragdo de Dios para dar noticia al mundo, como estaba ya dentro de Israel el Mesias esperado; y el fué el ángel de Malaquias, que Dios envió delante de su cara para anunciar á los hombres los misterios de salud. Un ministerio tan augusto era preciso que recayera en un sugeto capaz de desempeñarlo con honor, y adornado de aquellas sobresalientes prendas que pedia tan alto encargo. Porque no os figuréis, hermanos míos, que Dios se portase en esta eleccion como aquel rústico labrador, que, entrando á hacer leña en un vastísimo bosque, corta y despeza igualmente las encinas y los arbustos, las ramas verdes y las secas, los árboles derechos y los torcidos; sino como aquel sagáz y prudente artífice, que, determinado á hacer una estátua, busca con industria y con atencion la mejor planta, escogiéndola entre mil, que, aunque no sean despreciables, no son bastantemente dignas de su eleccion para la perfecta idea que tiene concebida.

Juan, pues, escogido entre millares de criaturas, formado á medida del corazon de Dios, prevenido con bendiciones de dulzura, recibió de la mano del Altísimo tanta copia de dones y carismas, que no le halló igual entre todos los mortales. Miradlo desde luego en el seno de su madre, y le vereis distinguido con una singularísima gracia, que fué la gracia admirable de su santificación. Todos nosotros nacemos hijos de ira, porque la mancha del pecado la traemos heredada del primer hombre delincuente, y no bien tocamos los umbrales de la vida cuando ya incurrimos en el reato de la muerte. No así el Bautista: éste no necesitó del lavacro de la regeneracion para unirse á los hijos adoptivos de Dios. El Señor le limpió de antemano, y Juan renació para el Cielo ántes de nacer al mundo. ¡Cuántos prodigios me recuerdan la concepcion y nacimiento de Juan! Zacarias era un hombre justo, pero de edad avanzada; Isabel su esposa era una santa, pero ya anciana é infecnnda: bien descáran entrambos tener un hijo heredero de su piedad y de su sangre; pero las circunstancias no presentaban como posibles los deseos. Un ángel participó á Zacarias el nacimiento de Juan; pero, sobre decirselo un ángel, no pudo resolverse á creerle. Como si á Dios le fuese imposible cualquier obra extraordinaria, dudó Zacarias cual en otro tiempo Moisés; mas si éste en pena de su incredulidad no llegó á entrar en la tierra de Promision, aquél quedó mudo sin poder articular palabra por espacio de nueve meses, hasta que vió con sus ojos al niño prometido. Seis meses habian transcurrido desde la concepcion de Juan, cuando el Verbo divino tomó carne en las entrañas de Maria; y queriendo enriquecerle de dones el que venia á derramar sus gracias sobre la tierra, fué la Virgen á visitar á su prima. Lo mismo fué entrar Maria en casa de Isabel, que al punto sentir ésta una novedad en su vientre. El hijo que llevaba dentro no pudo contener su regocijo; y dando saltos de placer en el claustro de la madre, no sabia cómo explicar que el Mesías era venido. La presencia del Salvador llenó á Juan del Espíritu Santo, y este mismo Espíritu llenó á la madre despues de llenar al hijo. Ya estaba impaciente por salir de aquella cárcel tenebrosa, y predicar al mundo las maravillas del Cielo.

Reparadlo bien; aún no nace, y ya habla con los saltos que le sirven de lengua; aún no se deja ver, y ya amenaza; aún no se le permite clamar, y ya se hace escuchar por el ruido de los hechos; aún no tiene vida, y ya predica á su Dios; aún no ve la luz, y ya señala al Sol en la persona de Cristo. Su nacimiento vá acompañado de mil prodigios: nace Juan, y soltándosele la lengua á Zacarias, prorrumpe en alabanzas al Todopoderoso, y conoce que le ha nacido el grande

profeta del Altísimo: nace Juan, y nace de una madre estéril, á la cual Dios, por un milagro, hizo fecunda: nace Juan en los resplandores del día de la gracia, sin sentir las tinieblas de la noche de la culpa: nace Juan, y un conocimiento perfecto hermosea su alma; su entendimiento no está ligado con los lazos de la materia, sinó que supera con anticipacion la ternura y los embarazos del cuerpo: nace Juan, y su nacimiento es predicho y anunciado en diversas figuras y magníficos oráculos de los profetas: nace Juan, y se conmueve toda la Judea, todos los pueblos se llenan de admiracion y de gozo: nace Juan, y el nombre que se le ha de poner lo baja un ángel del Cielo; no ha de llamarse Zacarias como su padre; Juan ha de ser el nombre de este dichosisimo niño, porque los méritos de los santos logran que reciban éstos el nombre de boca del mismo Dios: nace Juan, y todos se preguntan: ¿quién será este niño tan amable, pues la mano del Señor está con él? En una palabra; el nacimiento de Juan no tiene semejanza despues del nacimiento de Cristo. En otros santos celebra la Iglesia el día de su muerte, en que coronados de triunfos entran á recibir el premio de sus combates; pero del Bautista se celebra su natividad, porque en ella ya merece coronas inmortales.

Mucho siento que el Evangelio nos calle los hechos particulares de este grande hombre hasta su predicacion, pues, seguramente, me prestarian abundante materia á un magnifico y pomposo panegirico; porque pensar que todo aquel aparato de maravillas que se vieron en su nacimiento, eran no más que flores cuyos frutos no habian de llegar á sazón, ó que eran fundamentos desproporcionados á lo restante de la fábrica, seria un error, sabiendo que Dios fué el autor de tan nobles principios. Ya sé que S. Ambrosio es de parecer, que fué acierto del escritor sagrado pasar en silencio la infancia del Bautista, pues nada tuvo comun con los embarazos y flaquezas de la edad; siempre fué adulto en el heroísmo, gigante en la santidad y varon perfecto en la plenitud de la gracia. ¡Qué testimonio más auténtico dió el mismo Jesucristo á la persona de Juan, en el razonamiento que hizo á las turbas cuando le fueron á buscar al desierto! ¿Qué os parece, les dijo, que habeis ido á ver, cuando habeis ido á ver á Juan? ¿Por ventura una caña movida del viento? No penseis tal del Bautista: no es ese hombre de circunstancias, movable al viento de la vanidad ó de la lisonja como los hijos del siglo; es firme en sus consejos, invencible en sus empresas, inapeable en sus resoluciones, un peñasco que desafia el impetu de las más furiosas olas. ¿Acaso habeis ido á ver un hombre vestido con delicadeza? No busqueis en los desiertos sumergidos de afeminacion y mollicie: los que se tratan con blandura y son

idólatras del deleite y del regalo, buscadlos en las córtes y palacios de los grandes de la tierra; allí hallareis puestos en movimiento todos los resortes de la sensualidad para la satisfacción de sus nécios amadores; en Juan habeis de buscar la imágen de la penitencia y un vivo retrato de la austeridad y el rigor. ¿Acaso habeis ido á ver á algun profeta? Eso sí: él es verdaderamente profeta, y mucho más que profeta.

¿Qué os parece, hermanos míos, de esta recomendacion y elogio de la persona de Juan hecho por el Dios de la verdad, en quien no cabe doblez, engaño ni lisonja? Ciertamente que Juan fué un profeta grande; jamás visto en Judea ni en Israel: solo él fué quien anunció presente al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; Moisés, Isaías, Daniel, ¡qué hombres! los oráculos de su siglo, la admiracion de los príncipes, los amigos, los consejeros enviados por Dios y descubridores de sus misterios; pero sus vaticinios miraban á los tiempos futuros, á una inmensidad de espacios, y estaban envueltos en una nube de oscuridad, que producía sombras en el entendimiento más claro. Juan es el único que profetiza sin tinieblas, el que vaticina sin velo, el que señala con el dedo al Salvador de las naciones. En medio de vosotros está, les decla á los judíos, el mismo que no conocéis, y que con tantas ansias esperais. Ha venido despues de mí; pero es primero que yo; primero, porque Él tiene sér desde la eternidad, y yo he nacido en los tiempos; primero, porque Él es el Señor de todo, y yo soy un siervo suyo; primero, porque Él es santo por esencia, y yo soy por naturaleza pecador; primero, porque Él es el fin de la ley y de los profetas, y yo soy un indigno ministro que le sirvo. Así dió el Bautista testimonio á la verdad y anunció á los judíos el Verbo encarnado y el Mesías prometido, y por lo mismo fué profeta y más que profeta; profeta, porque anunció como los demás á Jesucristo ántes que viniese; más que profeta porque, á diferencia de todos los profetas, vió presente al que ellos solamente desearon ver; profeta, porque reveló misterios ocultos; más que profeta, porque fué testigo ocular de lo que reveló; profeta, porque descubrió al Mesías escondido entre las sombras de la ley; más que profeta, porque dijo: Vedle ahí, en medio de vosotros está, y no le conocéis: profeta, porque tuvo el dón de profeta, pues vino con el espíritu y virtud de Elias; más que profeta, porque tuvo tambien el dón del apostolado, y aún ántes que los mismos apóstoles. Así se distinguió este hombre á todas luces grande entre todos los hombres; y la mano del Altísimo, que derramó en su alma con profusion el tesoro de sus gracias, le hizo el mayor de los nacidos, no solo en los privilegios que le concedió, sinó tambien en las virtudes con que adornó su corazón.

Cuando leemos ú oímos las vidas de los santos, regularmente prestamos una favorable atencion á lo ruidoso de sus acciones; pero no por eso inclinamos el corazón á la imitacion de sus virtudes. Verlos con una virtud soberana mandar á la naturaleza, imponer leyes á los elementos, trastornar el órden de las cosas, curar las enfermedades, dar piés á los tullidos, vista á los ciegos, lengua á los mudos, lanzar los demonios de los cuerpos, resucitar los muertos y obrar otros prodigios semejantes, en que nosotros no tenemos parte, todo eso nos causa una especie de admiracion, asombro y embeleso; pero verlos muertos al mundo cuando éste se les muestra más halagüeño; retirados del comercio del siglo, sin querer tener parte en la copa encantadora; sepultados en el horror de una gruta ó en la oscuridad de un claustro; negarse á todo placer del sentido; privarse del sueño y del descanso; crucificar su carne con los vicios y concupiscencias, segun el consejo del Apóstol; pasar los días y las noches en continuas vigiliás, ayunos, mortificacion y rigor; esos ejemplos admirables que nos tocan de lleno, apénas nos impresionan; condiccion triste de nuestra ruindad y flaqueza. Nos han dejado los justos un camino abierto y llano para arribar á la pátria, y nosotros seguimos unas sendas escabrosas, que han de tener con precision un paradero fatal. Si se admiran las proezas de los santos, y no pasa de aquí la admiracion, es una admiracion estéril, que no produce frutos de salud, y una alabanza infecunda, que más nos servirá de confusion que de mérito. La Iglesia celebra las fiestas de los Santos para animar sus hijos á la misma santidad, pues podemos muy bien ser lo que ellos son si practicamos lo que ellos practicaron.

No apartemos la vista del objeto de estos cultos, que bien tendremos que admirar y que imitar en sus heróicas virtudes, puesto que toda la vida de Juan fué un modelo perfectísimo de toda justicia cristiana, modelo de penitencia, modelo de humildad, modelo de celo y de constancia. Los pecadores son los obligados á la penitencia, porque habiendo violado la ley, los fueros de la divina bondad, no les queda otro medio de satisfacerla sinó por la vindicacion voluntaria de sus propios pecados como por un sacrificio de expiacion. Pero esto es el dolor, que estando obligados los pecadores al rigor de la penitencia, no la practican sinó los justos. El Bautista confunde la relacion de los mundanos en este punto. Un hombre santificado y preservado de la culpa, hubiera podido vivir tranquilo en medio de las delicias de Jerusalén, sin tener que sepultarse en las grutas ni buscar el asilo de los montes; mas no fué así: ántes de conocer al mundo le abandonó; y en sus primeros años se retiró al desierto,

para dar á los monjes y anacoretas, que le habian de suceder en los siglos posteriores, reglas de inocencia, de desprendimiento, de austeridad y rigor. Él santificó la soledad con su presencia; y las fieras mismas pudieron aprender santidad y virtud de este inclito penitente. Sus ayunos fueron tan prolongados como sus dias, sus vigiliias continuas, su alimento el pan mezclado con lágrimas, su bebida el agua turbia de las lagunas; yerbas insípidas, un poco de miel silvestre, unos insectos tan regalados como las langostas eran todas sus delicias; su vestido una piel raída, su cama la dura tierra, su compañía bestias feroces: veintiocho años consumió en tales trabajos, muerto al mundo, viviendo para solo Dios, que era el exclusivo objeto de sus pensamientos.

Avergüéncese los hijos del siglo, los delicados y melindrosos, que no tienen ánimo para mortificar la más ligera pasión, ni negarse á ninguno de sus gustos: y avergüéncese igualmente los presuntuosos y soberbios, á quienes parece que todo se les debe, y que el mundo es poco para ellos, cuando el Bautista, siendo tan inocente, se trata con tanto rigor, y siendo tan grande, se reputa poco ménos que nada. La virtud de la humildad se encuentra raras veces en el corazón de los mortales: cada uno quiere elevarse sobre sí mismo, tener los primeros asientos en los congresos como los fariseos, y ocultar los defectos y borrones que pueden menoscabar la alta opinion á que se aspira. ¡Qué lecciones tan contrarias nos dió el sagrado Precursor á estos humos de vanidad, á estas torres de viento fabricadas sobre arena! El ruido de su fama corrió por toda la Judea y Palestina; los magnates de la Sinagoga entraron en recelos de si acaso Juan sería el mismo Mesias que se esperaba, y que tenia en espectacion al mundo. En consecuencia, se determinó en el gran Consejo de la nacion enviarle al desierto una solemne embajada, para que dijese abiertamente quién era. Buena ocasion se presentaba á Juan para revestirse con el carácter de Mesias, para venderse por el libertador de Israel, supuesto que á su respuesta se dejaba la resolucion de la duda. Otro ménos humilde que el Bautista se hubiera deslumbrado con una proposicion tan lisonjera, y á poca costa se hubiera levantado con los aplausos de toda la Judea; pero Juan no es capáz de estas vilezas: conoce muy bien la portentosa distancia que media entre él y el verdadero Mesias, y responde llanamente á los sacerdotes y levitas enviados, que él no era el Mesias esperado, ni era Elias, ni era profeta, sinó una voz que clamaba en el desierto, que disponia los caminos al que habia de venir; y qué, en efecto, era ya venido y moraba entre los hombres; que él no era digno de desatar las correas de su calza-

do; y que no era más que una menuda estrella, que se oscurece á la vista del verdadero sol. Así se portó este hombre, tanto más grande cuanto más humilde, y por lo mismo, elevó el edificio de su santidad á proporcion de los hondos cimientos que abrió para la fabrica de su bondad. No puedo detenerme en otros pasajes de su vida ejemplarísima por no causar vuestra paciencia; pero sabéis muy bien cuántas fueron sus protestas, sus quejas y humillaciones cuando en la ribera del Jordán quiso el divino Salvador, que el mismo Juan le bautizara y ejerciera una especie de superioridad sobre su sacratísima persona. No pudo contenerse el Bautista á esta dignacion del Hijo de Dios, y lleno de asombro exclamó: «Señor! Vos venís á mí para que os bautize, cuando yo debo ser bautizado por Vos; ¡No parece bien ni en Vos tanto abatimiento, ni en mí tanta elevacion.»

No nos cansemos, la vida de Juan es un modelo perfecto de todas las virtudes, modelo de penitencia, modelo de humildad, y, finalmente, modelo de celo y de constancia. No todo lo que parece espíritu viene de Dios; tambien viene á las veces mezclado con cierta porción de respeto humano, que le hace flaquear segun la mudanza de las cosas, y cuya falsedad se descubre, sin que sean necesarias muy árduas pruebas. Pero la constancia de Juan, sobre verse en el último apuro, no cedió á los más duros combates, ni dejó de insistir en los lances más apretados. Él habia venido á predicar el bautismo de la penitencia, á exterminar los abusos y los desórdenes, á intimar una ley de pureza, á dar la continencia poco conocida en una córte como la de Herodes. Este monarca era apasionado de Juan, le miraba con buenos ojos, y le oía con mucho gusto; pero, por otra parte, mantenía un comercio ilegítimo con la mujer de su hermano Filipo, escandalizando á todo el pueblo. ¿Quién sinó un hombre como Juan era capáz de oponerse á los excesos de un principe como Herodes? Pero Juan se opone como un muro de bronce, y dice claramente al rey, que no le era lícito tomar por mujer á la que era su cuñada. ¡Pobre Bautista! ¿Qué has dicho? Bien caro te costará el desengaño: en las córtes de los reyes no se venden las verdades á bajo precio; la repression de los grandes á cara descubierta, si es efecto de celo y de intrepidez, tambien es causa de caer en su indignacion y en su desgracia. En efecto; Juan, el integérrimo Juan, que con una santa libertad y ardimiento no disimuló los excesos del principe, es encarcelado por mandamiento de Herodes, ligado con hierros y cadenas, y hecho victima de su celo. Y aún si hubiera aquí parado la persecucion del santo; pero Herodias, que le aborrecia de muerte por oponerse á sus torpezas, no perdió ocasion para acabar

de perderle. Ved el caso. Celebra Herodes el día de su cumpleaños con magnificencia y pompa: convida la grandeza del reino á los sa-raos y festines: una hija de Herodias llamada Salomé, danza con tal aire y gentileza, que prenda el ánimo del monarca, y éste le ofrece cuanto pidiere, aunque sea la mitad de su reino. La desenvuelta muchacha se informa de la maldita madre, cuyo parecer fué, que pidiere la cabeza del Bautista, como en efecto lo hizo. No dejó de turbar á Herodes semejante petición, porque estimaba en verdad al Precursor; pero no quiso faltar á su palabra ni disgustar á aquella inícuca y desvergonzada mujer; y mandando degollar á nuestro Santo, presentó la cabeza en un plato á la infame saltatriz. Este fruto tuvo Juan por anunciar las verdades; y más quiso morir, dice San Ambrosio, que ver los horrores de la lujuria; dando de este modo á los Cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres, un testimonio de su constancia hasta el último aliento de su vida.

Este es, amados hermanos, el incomparable S. Juan Bautista, vuestro abogado y singularísimo patron y protector: muy imperfecta irá esta cópia cotejada con su original; pero no se puede decir mucho en poco tiempo; además de que os he dicho bastante para que le reconozcáis por un santo de los mayores privilegios y de las mayores virtudes. No es menester recordaros los elogios con que le engrandecieron los padres S. Pedro Crisólogo, S. Agustín, S. Basilio y S. Cirilo. El uno dijo que Juan tuvo la ciencia, el fervor y la pureza de los ángeles; el otro, que era tan grande y perfecto, que pudo ser reputado por el mismo Cristo; este, que tuvo más luces que los evangelistas, más celo que los apóstoles, más constancia que los mártires, y que no era comparable sino á sí mismo; aquel, que llegó á tal término de perfección á que puede llegar un hombre. No es menester, digo, recordaros estos testimonios ni otros semejantes, pues estais bien persuadidos del heroísmo de su santidad y de la grandeza y excelencia de sus méritos. Lo que yo os repetiré mil veces es, que le imiteis en las virtudes, que sigais los pasos de su vida imaculada, que renunciéis el mundo y todas sus cosas, y suspireis por aquella pátria, que ha de durar para siempre en la eternidad de la gloria.

PANEGÍRICO

DE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

*Decollavit eum in carcere.
Le cortó la cabeza en la cárcel.*

(MARC. VI, 27.)

Al formar el elogio del Santo cuya solemnidad se celebra en este día, mi imaginacion no puede reunir todas las ideas, y á mi lengua falta la propiedad de las palabras que demuestren la grandeza de aquél. ¡Juan Bautista! ¡Qué héroe tan asombroso! ¡qué espíritu tan grande! ¡qué alma tan elevada! Pero ¡qué caos de confusión á mi rudeza! La misma cópia de sus luces me destumbrá; la misma claridad de sus rayos me ciega; la misma gloria de su majestad me oprime; y la inmensa mole de su grandeza es un enorme peso que aboga la respiracion y me corta las palabras. ¡Qué os diré yo de un hombre tan extraordinario, del mayor de los nacidos, del jefe de los patriarcas, del corifeo de los profetas, del primado de los apóstoles, del ejemplar de los mártires, del padre de los anacoretas, del clarín del Evangelio; de un hombre que lo es todo junto, y en sola su persona reúne como en un punto de vista los prodigiosos caracteres de la gracia multiforme, justo, santo, dulce, amable, bondadoso, activo, eficaz, intrépido, prudente, discreto, firme, constante... ¿qué sé yo? Todo en él es grande: su inocencia me admira, su justicia me asombra, su penitencia me pasma, su celo me embelesa, su libertad me enamora, su pureza me encanta, todas sus virtudes me hechizan. Su predicacion hiere; su voz truená; sus discursos centellean; su boca en vez de palabras despide rayos, y reduce á cenizas el reino del pecado. Pero qué, ¿he de querer yo contar las estrellas al firmamento, y al aire sus imperceptibles átomos? ¿He de querer seguir todos los pasos de este velocísimo ciervo, y todos los vuelos de esta águila real y generosa? No esperéis imposibles, hermanos míos; yo me contentaré con una de sus acciones; un solo fragmento de este coloso

dará abundante cópia á la construcción de mi discurso; me ceñiré solamente á los últimos periodos de este planeta, á las últimas llamaradas de esta agonizante antorcha, y á los postreros actos de la tragedia dolorosa de este héroe; y por decirlo de una vez, la degollación del Bautista será todo el argumento de esta oracion laudatoria, puesto que bajo de este respecto se celebran sus glorias en el dia de hoy. En Juan Bautista vereis el predicador más acérrimo de la verdad, que la anunció con libertad generosa, y que por ella sufrió una muerte ignominiosa; por la verdad, que llevó en triunfo por los poblados y por los desiertos, por las calles y por las plazas, por las chozas y por los palacios; y que hasta en los gabinetes de los grandes y de los príncipes introdujo su resplandor y su gloria. Mas ¡ay de mí! que aún siendo el Bautista quien anuncia la verdad, no se oye esta voz del Cielo con aceptación y con gusto, y en vez de granjearse el amor, incurre en el ódio del príncipe y paga con la cabeza el fervor de su celo. Todo está insinuado; nada más falta que hacer para el acierto que recurrir á la divina gracia: *A. M.*

¿De qué proviene que la verdad ha de ser tan aborrecida en el mundo? ¿Es posible que siendo una joya tan preciosa, nadie ha de querer llevarla por adorno de su pecho, y siendo una dama tan hermosa y agraciada, nadie ha de querer contraer alianza con ella? ¿Es posible que siendo la verdad hija del mismo Dios, no ha de hallar amadores que la estimen, la deseen y la soliciten? Pero ¿qué digo amadores? Los que tiene son contrarios de por vida, enemigos jurados que la persiguen, la abominan y la aborrecen de muerte, y siendo digna de todas las atenciones, solo logra un desprecio vil y un ultraje afrentoso. ¡Oh verdad soberana, espejo terso que representas la imágen como es en sí sin mezcla de adulacion ni lisonja! ¡Y qué mal te paga el mundo por tu claridad y limpieza! Te aborrece el usurero, porque condenas sus fraudes é injusticias; te aborrece el magistrado, porque reprendes sus sobornos y cohechos; te aborrece el poderoso, porque afeas su holgazaneria y su indolencia; te aborrece el libertino, porque arguyes sus torpezas y sus escándalos; y te aborrecen todos los hijos del siglo partidarios del vicio y de la maldad, porque no puedes sufrir delante de tu rostro tales abominaciones. ¡Pobres predicadores de la verdad! ¡Y á qué peligros os exponéis! Yo veo á Ezequiel ultrajado, á Miqueas abofeteado, á Isaias aserrado, á Jeremias empazado, á Elias espiado y acechado; veo á S. Pablo aborrecido por haber predicado al pueblo, á los sacerdotes y á los reyes la verdad lisa y desnuda, y no haber disimulado los desórdenes y ex-

cesos de un mundo corrompido. Jamás se ha cogido otro fruto de sembrar esta semilla en una tierra ingrata sinó abrojos, espinas y cambrones.

Pero, si, digo: que, entre todos los nacidos, no ha habido hombre como Juan, tan amante de la verdad, tan intrépido en defenderla, tan celoso en colocar el trono de esta reina sobre las ruinas de su enemigo á pesar de las pruebas más amargas, no diré cosa que no esté apoyada en la historia sagrada y comun sentir de los doctores. Juan Bautista vino al mundo á dar testimonio á la Verdad encarnada, que la Sinagoga no queria recibir, y sostuvo sus derechos con tanta entereza y libertad cual competia á su carácter. Fué un clarín sonoro que se oyó de todo el mundo, y un relámpago vivísimo, cuya luz brillante y encendida salió del Oriente y llegó á otro extremo del Cielo. El ruido de su fama corría ya por la Judea y Palestina; y los magnates de la Sinagoga entraron en recelo si acaso Juan seria el ungido del Señor que se esperaba, y que tenia en expectation al mundo. En consecuencia de esto, se acordó en el gran Consejo de la nacion, enviarle al desierto una diputacion solemne para que dijese abiertamente quién era. Excelente ocasion se presentaba á Juan para revestirse con el pomposo carácter de Mesias y venderse por el libertador de Israel; pues á sola su respuesta se dejaba la decision de la duda. Otro ménos sincero que el Bautista se hubiese deslumbrado con una proposicion tan halagüena, y á poca costa se hubiera levantado con los aplausos de toda la Judea. Pero Juan, el integérrimo Juan, no es capaz de estas vilezas; su modestia se ofende del nombre solo de disfráz, de doblez y de impostura; conoce muy bien la portentosa distancia que media entre él y el verdadero Mesias, y responde llanamente á los sacerdotes y levitas enviados, que él no era el Cristo que se esperaba; sinó una voz que clamaba en el desierto, que disponia los caminos al que habia de venir, y que, en efecto, era ya venido y habitaba entre los hombres; que él no era digno de desatar las correas de su calzado, y que no era más que una menuda estrella que desaparece á la vista del mayor luminar. ¿Oisteis confesion más sincera y más ingénuo? ¿Oisteis testimonio más auténtico y más glorioso á favor de la verdad? Pues no temais que este hombre se deje jamás cegar del humo del amor propio y de la propia excelencia, que tanto infatúa y corrompe el corazon de los mortales. Él es luz clara, no hay duda; pero sabe que no es el verdadero sol: él es profeta grande; pero sabe que no es el Señor de la profecía: él es la voz del Verbo; pero sabe que no es el Verbo del Padre. Y si bien los judíos se equivocan en su persona por las relevantes prendas que

le acompañan, bien presto los desengaña de estas erradas ideas y de una opinión que, por más fundada que sea, se opone directamente al candor de la verdad. En medio de vosotros, les dice con espíritu noble y generoso, en medio de vosotros está el mismo que no conocéis y con tanta impaciencia deseáis. Ha venido despues de mí; pero es primero que yo; primero, porque Él tiene sér desde los días de la eternidad, y yo he nacido en medio de los tiempos; primero, porque Él es criador de todo, y yo soy una criatura que salió de sus manos; primero, porque Él es por esencia santo, y yo soy por naturaleza pecador; porque Él es el fin de la ley y de los profetas, y yo solo soy un mensajero que le anuncio, y un indigno ministro que le sirvo.

«Oh pregonero eterno de la verdad! En tu lengua está la miel y la leche: tus lábios, encarnados como una cinta de grana, destilan la mirra de la doctrina más pura. Escuchad, hermanos míos, sus palabras la primera vez que vió al Redentor, pues en ellas se cifra todo el fondo de nuestra religion santísima. «Hé ahí, les dice á los judíos señalando á Jesucristo, hé ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;» profesion de fé la más augusta, conocimiento del Mesías el más iluminado, noticia del divino Verbo la más exacta, y que solo pudo revelar el Unigénito que está en el seno del Padre. Giegos judíos, no os fatigúeis en combinar los oráculos de los profetas, el vaticinio de Jacob, las semanas de Daniel, ni la época precisa de la venida de vuestro libertador: mirad delante de vuestros ojos; Juan os lo señala y no miente: ese es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. ¿En qué escuela ha aprendido este hombre el arcano escondido en los siglos? ¿En qué academia ha oido estas lecciones de altísima sabiduría? ¿Qué volúmenes ha revuelto un solitario toda su vida habitando los montes, metido en las grutas y cavernas en compañía de las fieras? Sin embargo, Juan lo dice; no se busque otro oráculo, ni más firme, ni más seguro.

Adelantemos y sigamos á este obrero infatigable, ó bien á las riberas del Jordán, campo abierto á la espada de su celo, ó bien á la capital del reino, bello teatro al ardor de su espíritu. Un hombre como el Bautista, santificado en el útero materno, recibido en los brazos de María, prevenido con bendiciones de dulzura, criado con la leche de la piedad, apartado del mundo ántes de conocerle, llevado á la soledad por una fuerza superior que le movía, negado á todos los halagos del sentido y de la carne, consumido á fuerza de rigores, elevado por la contemplacion hasta el tercer Cielo; un hombre que subió sobre los querubines y voló en alas de los vientos, puesto aho-

ra de repente en medio del lujo y del libertinaje, entre gentes disolutas y licenciosas, entre tropas atolondradas de engañadores y de engañados; ¿cómo era posible contuviese los ímpetus de su celo, y que su voz, que era voz del Señor, que conmueve las soledades y los desiertos, enmudeciese en el lugar de la abominacion y en la pestilente cátedra y asamblea del desórden? Este gran profeta del Altísimo, que vino con la virtud y espíritu de Elias, me le figuro yo encendido con el fuego de aquel profeta de Dios, hecho todo llamas, respirando incendios, y ardiendo su corazon como un volcán contra todos los enemigos del nombre del Señor; é intimar á todas las gentes, sábios é ignorantes, ricos y pobres, jóvenes y viejos, casados y vírgenes, la ley de la penitencia, el bautismo de las lágrimas, la mortificacion de los sentidos, la renovacion del espíritu, la negacion á los gustos terrenos, el amor á la virtud, y la reforma indispensable de una vida tumultuosa y desarreglada, que conduce necesariamente á la muerte y perdicion.

«Pueblo reprobado por pérfido y por ingrato! oye los clamores de este ángel, y llénate de confusion: «Maldita estirpe de vboras; ¿quién os pondrá á cubierto contra la ira de Dios que os amenaza?» Generacion de Abraham depravada y adúltera, raza de David expurea é ilegítima, la santidad de vuestros padres, en vez de aprovecharos, será la condenacion de vuestra conducta; la ciudad santa será pasada con el arado si no conoce el tiempo de su visitacion; el pueblo escogido será el oprobio y juguete de las naciones si no se convierte al autor que le crió; la circuncision de la carne será la señal de vuestra reprobacion, si no la acompañais con la circuncision del corazon y del alma: ni la ley escrita en tablas de piedra os justificará, si no la llevais grabada en lo-interior de vuestro pecho. Idólatras postrados ántes falsas divinidades, blasfemos que escupis contra el Cielo y conculcais el nombre santo de Dios; perjuros que abusais del vinculo más sagrado de la religion para hacer prevalecer el dolo, el fraude y la mentira; impíos, afeminados, sacrilegos, libertinos, toda casta de prevaricadores, que teneis irritada la justicia divina, haced frutos dignos de penitencia, porque la segur está puesta á la raiz del árbol, y será cortado y arrojado á las llamas. Así clamaba este clarín sonoro de la verdad. ¿Qué os parece, hermanos, de este ardimiento? No hubo vicio, escándalo, ni desórden que no sintiese el azote de su lengua. Jerusalén ambiciosa, ciudad loca, altiva, deshonesta y profana, tú recibiste los rayos de claridad que despedía de si este luminoso sol; ¡jalá que te hubieses aprovechado de sus luces! Señores insolentes, caballeros envilecidos, nobles afeminados, ricos crueles, mer-

caderos tramposos, sacerdotes avaros, damas escandalosas, mujeres mundanas, doncellas libres, hijos desobedientes, padres descuidados, amos insufribles, criados infieles; todos, todos vosotros oísteis el sonido de esta voz de verdad y desengaño, que resonaba sin cesar por las calles y por las plazas, y cuyos ecos llegaron, finalmente, hasta los oídos del mismo Herodes.

Herodes.... ¡Ah, hermanos míos! No quisiera acordarme de este malvado, ni hacer la pintura de ese impío y escandaloso príncipe por no ofender el recato; pero las glorias del Bautista me obligan á manchar el papel y la lengua con los borrones de sus torpezas. Era este Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, de aquel Heródes cruel, que osangrenó bárbaramente su espada en millares de víctimas inocentes sacrificadas á sus temores. Ocupaba el trono de Judea sin más derecho que la violencia y las tramas de su padre favorecidas de los romanos. Su espíritu relajado, su condicion sanguinaria, su génio despótico, enemigo de todo yugo y de toda ley, formaban un monstruo de la humanidad lleno de todos los vicios. Su pasión dominante era una pasión bastarda, un apetito lascivo, una propensión violenta y desenfrenada hácia el otro sexo, que no es menester nombrarla para concebir su horror y su delito. Su soberanía, su poder, su majestad y sus riquezas le abrían paso franco al logro de sus deseos, sin que hubiese víctima reservada para el torpe sacrificio de su lujuria; pero como este vicio, cuanto tiene de tirano tanto tiene de caprichoso, dió en amar con desenfreno á la misma mujer de su hermano Filipo, con tal publicidad y desvergüenza, que escandalizaba á todo el pueblo. Herodias era semejante á Herodes en el nombre y en los hechos: imperiosa, desenvuelta, descarada, más gustaba de un amante adúltero, osado y atrevido, que de un marido legítimo, benigno y bondadoso. ¡Qué escándalo para el pueblo bajo un amancebamiento público en personas de esa clase! En medio de este comercio incestuoso mantenía Herodes ¡quién lo creyera! estrecha amistad con el Bautista: había formado un alto concepto de Juan, le oía con sumo gusto, y honraba su persona con mil demostraciones y elogios. No había para Herodes empeño más poderoso que el Bautista, ni cosa de mayor complacencia que escuchar los discursos del sagrado Precursor llenos de unción y de espíritu; y como las invectivas de nuestro Santo no habían tocado hasta entónces directamente á su persona, las celebraba como donaires y gracias. ¡Triste condicion de la humana flaqueza! Todos gustan que se corrija á los otros, y nadie quiere recibir la corrección en si mismo. Pero vive Dios, que Juan, este ministro fiel, este pro-

feta incorrupto, este predicador integérrimo no conocerá los respetos humanos, ni hará excepcion de personas. Él ha venido al mundo á predicar el bautismo de la penitencia, á exterminar los desórdenes y los abusos, á intimar la ley del candor y de la pureza sin distincion de clases ni condiciones, y por lo mismo, hasta á la persona del monarca tocará con su vara de hierro, y la quebrantará como un vaso de barro.

¡Á qué riesgos no está expuesto un soberano tiranizado de sus pasiones! ¿Quién tendrá ánimo para argüir sus extravíos y sus excesos? Cuantos aduladores cercan su persona, otros tantos enemigos conspiran á su ruina. ¿Quién sinó un hombre como Juan era capaz de oponerse á los desórdenes de un príncipe como Herodes? Pero Juan se le opone como un muro de bronce, y dice claramente al rey, que no le era licito poseer por mujer á la que era su cuñada. ¡Pobre Bautista! ¿Qué has dicho? Bien caro te costará el desengaño: no se venden las verdades á bajo precio: la represion de los grandes á cara descubierta, si es efecto del celo y de la intrepidez, tambien suele ser causa de incurrir en su indignacion y su desgracia. Juan, el impertérrito Juan, no disimula los delitos del príncipe, y con una libertad generosa le arguye por su infame concubinato; y vedle al punto aborrecido de Herodes y de toda la córte, puesto en prisiones crueles, atado con grillos y cadenas, tratado como un famoso delincuente, metido en una cárcel indigna, sin otro delito que su inocencia. La persecucion del hombre justo la enciendia una oculta mano: Herodias, la infame y cruel Herodias, que aborrecia de muerte al censor de sus torpezas, no desperdició ocasion para acabar de perderle. ¡De qué horrores no es capaz un amor mundano y ciego, cuando halla embarazos al logro de sus deseos! El pasaje es bien sabido, y lo referiré literalmente como lo refiere S. Marcos.

Celebró Herodes los dias de su nacimiento con pompa y magnificencia real, convidando toda la grandeza á los saraos y festines, y una hija de la malvada Herodias danzó con tal aire y gentileza, que prendó el ánimo del monarca, quien le ofreció cuanto pidiese, aunque fuera la mitad de su reino. ¿Qué pedirá esta muchacha? ¿Por ventura algun matrimonio honroso, segun la condicion de su clase? ¿Acaso algunos dijes, aderezos y joyas conforme al gusto de su sexo? Nada ménos. La desenvuelta jóven se informa de la maldita madre, y ésta no tiene vergüenza de sugerirle, que pida la cabeza del Bautista. ¡Qué atentado! ¿Qué atrocidad! Herodes se turbó á semejante demanda; si fué con ánimo sério apesarado de su promesa, ó fué por trama y colusion artificiosa urdida de antemano, no es fácil pe-

netrarlo; lo cierto es, que un amor irritado, cubierto con el velo del juramento y de una falsa política, pudo más que toda la fuerza de la justicia y de la verdad. Juzgó indecoroso faltar á su palabra, ó por decirlo mejor, le faltó ánimo para disgustar al objeto idolatrado; y mandando degollar á nuestro Santo, presentó la cabeza en un plato á la infame saltatriz: hecho el más indigno que conoció el mundo, y merecedor de los anatemas del Cielo y de la tierra. ¡Baile diabólico, danza nefanda, tripludío impudente, cena cruel, espectáculo horrendo, espectadores malvados, presidente iniquísimo! no hay voces para expresar vuestro crimen; la tierra abierta está pidiendo venganza de la sangre del inocente. Mirad un poco, devotos del gran Bautista, mirad un poco aquella cabeza sagrada y digna de eternos laureles, presentada en triunfo á una mujer vilísima; mirad aquel rostro pálido y desmayado, más por el rigor de sus penitencias que por el corte de la espada; mirad aquellos ojos cerrados, no por temor de la muerte, sino por horror de la lujuria; mirad muda aquella boca de oro, que pronunció los oráculos del Cielo; mirad aquella lengua de un ángel, órgano del Espíritu Santo, insultado por la maldita Herodias, y traspasada con la aguja de sus cabellos de miedo que no vuelva á reprender su abominable comercio; mirad, finalmente, la catástrofe lastimosa de aquel convite nefando y la ira de Dios sobre todos los partícipes del delito; y temed el castigo que acompaña á la culpa y al pecado. Herodes, vencido por Aretas, despojado del reino por el emperador Caligula, después de haber andado prófugo de unas provincias en otras con sus infames amigas Herodias y su hija, murieron todos tres desgraciadamente, cubiertos de oprobio é ignominia. Solo el Bautista, que entonces fué el desgraciado, es ahora el glorioso y el feliz, adornada su garganta con un collar de margaritas preciosas, coronadas sus sienes con una diadema inmortal, unido íntimamente al Cordero de Dios, á quien tanto glorificó en este mundo, y hecho el dispensador de divinas mercedes para favorecer y consolar á sus devotos.

Congratulémonos en el Señor, hermanos míos, regocijémonos y alegrémonos en este día, pues la Degollacion de Juan, así como fué para él mayor acrecentamiento de gloria, será para nosotros una prenda de felicidad, si imitando la pureza de su vida, practicamos todo lo posible para parecer ante la divina gracia como sinceros y verdaderos hijos de nuestro degollado protector.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA.

*Vidit illum discipulum quem diligebat
Jesus.*

Vió al discípulo amado de Jesús.
(JOAN. XXI, 20.)

El Espíritu Santo, que es el dador de las gracias, y que reparte sus dones en quienes se complace su voluntad soberana, gusta de hacer el elogio de sus favorecidos, y darlos á conocer al mundo por aquellos mismos rasgos que Él se ha dignado grabar en el espíritu de sus siervos. Á Job se le califica de sencillo y recto, varón de penas y dolores; á Abraham, de obediente y fiel á las promesas, que esperó contra la misma esperanza; á José de honrado y casto; á Simeon, de justo y timorato; á Natanael, de verdadero israelita, en quien no se hallaba dolo; al Bautista, de precursor del Mesías y el ángel que preparó sus caminos; á Pedro, de piedra fundamental de la Iglesia y pastor de las naciones; á Pablo, de vaso de elección y doctor universal de las gentes. Pero ¿á qué me canso! Todas las almas grandes que Dios cortó á medida de su corazon y llenaron cumplidamente los designios de su providencia, tienen una marca de distincion con que el mismo Señor las señala y las honra, y nos las presenta á la vista para que alabemos su bondad y las maravillas que obra en sus escogidos. Juan, el apóstol evangelista, Juan es conocido, antonomásticamente, por el discípulo á quien amaba Jesús. ¡Qué palabra tan breve! Pero ¡qué grandezas no encierra en el fondo de la letra! Cayad esta mina; jamás agotareis sus tesoros: surcad este piélagos; jamás hallareis márgenes á la inmensidad de sus aguas: contemplad este abismo; jamás podreis medir su profundidad y altura. El discípulo á quien amaba Jesús. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh gloria soberana! Mi lengua gusta de repetir la expresion, pero mi entendimiento no le puede dar alcance.

Mas ¿casó todos los demás apóstoles y discípulos fieles no eran amados del Salvador, dotados de sabiduría ó inteligencia, enriquecidos de dones y carismas del Cielo, sublimados al más alto orden del sacerdocio y episcopado, condecorados con los dictados más pomposos, pastores de las almas, columnas del cristianismo, maestros de la religion, padres de la Iglesia, doctores de la ley, con plenitud de potestad para disponer de la naturaleza y dispensar los misterios de la gracia? Si, hermanos míos: ¿quién podrá negar esta verdad? Pero á quien amaba Jesús con particulares señales de ternura y de cariño, era á este apóstol dichoso, á este hijo del trueno. Yo le contemplo con tales ventajas, prerogativas y distinciones en el colegio apostólico, que no hablaré á la verdad, ni usaré de exageracion ó de hipérbole, si digo: que fué como el sol entre los astros, como el oro entre los metales, como el diamante entre las perlas, como la rosa entre las flores; porque todo esto y mucho más abraza el singularísimo título de discípulo amado. Desentrañemos estas profundas palabras, y preparemos el plan del presente discurso en gloria de nuestro Santo, reduciendo la materia á dos sencillas proposiciones, que formarán las dos partes de este panegírico; y explicarán los dos principales caracteres del amor de Jesús para con este apóstol privilegiado. Digo, pues, que el Salvador amó á S. Juan Evangelista con un amor el más tierno y con un amor el más generoso. Por su afectuosidad y ternura hizo de él la mayor confianza; por su generosidad y largueza derramó sobre él la plenitud de sus dones. En el afecto de Jesús se llevó la primacía, y en los dones de Jesús el mayorazgo. En dos palabras: fué el privado del Rey de la Gloria, á quien su Majestad amó tiernamente, y á quien favoreció magníficamente: *A. M.*

¿De qué aprovechan todas las glorias del mundo sin el amor de Dios? Las riquezas, los honores, los gustos, las dignidades, la nobleza, la hermosura, la ciencia y todos los bienes criados, si están separados del amor divino, ¿qué son sinó tormento y afliccion del espíritu, opresion y congoja del alma, vanidad de vanidades y todo vanidad? Solo el amor de Dios es un bien sólido, bien real y verdadero: fuera de él nada hay que merezca este nombre. ¡Dichosas las almas á quienes Dios ama, á quienes mira con agrado y complacencia! Estas llevan el sello de la felicidad grabado en su misma frente, y son dignas de eternos elogios, porque el mismo amor divino las renueva y embellece, las engalana y adorna, y forma un hermosísimo cuadro, en que se dejan ver los delicados rasgos del pincel soberano. Esta es la diferencia entre el amor de Dios y el de los hombres; el amor de

los hombres supone amabilidad y atractivo en el objeto querido; pero el amor de Dios infunde y crea esta misma amabilidad atraente: los hombres aman lo que les parece bueno; pero Dios hace bueno lo que ama; no elige á los idóneos, sinó que eligiéndolos los hace idóneos.

Pero ¿quién será el privilegiado de quien podamos afirmar, que es querido y amado del Señor? No sabe el hombre si es digno de amor ó de ódio; todos sus pasos son resbaladizos, sus acciones equivocadas, sus providencias tímidas, y su corazon inexorable. Ni limosnas, ni cilicios, ni oraciones, ni retiro; ni la vida, al parecer más ajustada y más santa, asegura del amor de Dios. Á san Pablo, vaso de eleccion, espíritu más grande que el mundo, superior á todas las pasiones, nada le reprendía su corazon; y sin embargo, no sabia si Dios le amaba, y si era justo delante de Él. Pues ¿quién levantará el dedo y dirá resueltamente: yo soy querido de Dios? ¿Quién lo ha de decir, hermanos míos? Solo el discípulo prodícto, solo el evangelista Juan. Este, sin rebozo, sin recelo, sin titubear ni detenerse, se canoniza á sí mismo: Yo soy el discípulo amado de Jesús. ¿Creeríais una expresion tan abierta, si no estuviera por medio el Espíritu Santo que gobernaba su pluma? Jamás le veréis nombrarse en el Evangelio ni el hijo del Zebedeo, ni el deudo del Salvador, ni con su propio nombre de Juan; siempre con el singular carácter de discípulo amado. ¡Oh privilegiado y favorecido discípulo! ¿cuánto te envidio tu felicidad y tu dicha! Pero ¿cómo amaba Jesucristo á este distinguido apóstol? Con un amor lleno de afectuosidad y ternura. Desde que le llamó para el apostolado en el mar de Tiberiades, hasta que espiró en la cruz por el remedio del mundo, jamás le veréis separado de este íntimo secretario de sus consejos. Tenia este apóstol dichoso en su cuerpo y en su alma tal conformidad y semejanza con Jesucristo, que no extraña que le amase tanto el divino Salvador. En su cuerpo era hermoso y agraciado, en sus ojos recatado y modesto, en sus palabras prudente y comedido, en sus modales atento y cortesano, en su génio pacífico y bondadoso; sus pocos años le añadían amabilidad y gracia; su humildad era excelente, su mansedumbre admirable, su paciencia á toda prueba; y su pureza virginal ponía el sello á todas las virtudes, y daba un bello lustre á las demás perfecciones. En él no se veían ni tenacidad de juicio, ni resabios de envidia, ni humos de soberbia, ni sombra de avaricia, ni humor áspero y desabrido, que turbase la caridad y la paz: dócil, humilde, callado, obediente, rendido, pero, sobre todo, casto y puro en alto grado, ¿qué mucho que el Salvador le mirase con ternura y parcialidad de afecto, estan-

do adornado de aquellas prendas que tanto enamoran al Dios de la verdad, al Cordero inmaculado, y al Santo de los santos? A una simple voz de Jesucristo deja las redes, deja á los padres, deja al mundo y todas sus esperanzas, y se alista gozoso en la escuela de un hombre que no conoce, y de quien probablemente no podía prometerse más que miserias, pobreza y trabajos. Los hombres necesitan de varias pruebas en la amistad de otros hombres; las señales mientan, las expresiones engañan, las promesas no aseguran, y las palabras, agasajos y ofrecimientos no pasan las más veces de los lábios. Pero Jesucristo, que es la sabiduría de Dios, no está expuesto á errores ni á engaños; con una simple ojeada de su entendimiento penetra el fondo del corazón, y prevé el fruto que ha de dar el árbol. Por lo mismo, admite desde luego á Juan á una amistad estrechísima y á una cordial confianza, que no halló igual entre los santos.

No hablo cosa que no afianze sobre la infalibilidad de la Escritura. Si Jesucristo ha de hacer patentes las señales de su divinidad, y los caracteres de su misión en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino, Juan ha de presenciar el prodigio. Si Jesucristo ha de curar á la suegra de Simón de unas calenturas ardientes, Juan ha de ser testigo de la milagrosa operación. Si Jesucristo ha de resucitar á la hija del príncipe de la Sinagoga, Juan ha de hallarse presente, y ha de ver con sus ojos levantarse la difunta del féretro. Si Jesucristo ha de pasar á Samaria á predicar el reino de Dios y su justicia, Juan ha de marchar delante á preparar comida y hospedaje, y ha de ser el aposentador del Rey de los Cielos. Si Jesucristo quiere anticipadamente, quitar el escándalo de la cruz, y mostrar algunos destellos de su gloria en su propia carne pasible, Juan ha de ser convidado á la fiesta, y ha de ser espectador de las maravillas del Tábor. Si Jesucristo ha de celebrar la Pascua de los judíos y los grandés misterios de la nueva religión, Juan ha de preparar el Cenáculo y aderezar la pieza con augusto decoro. Si Jesucristo profiere aquellas tristes palabras: «Uno de vosotros me ha de vender y entregar;» todos se encogen de hombros, y hasta el príncipe de los apóstoles no se atreve á preguntar por el traidor y el pérfido, y hace señas á Juan para que lo pregunte. Si Jesucristo en la agonía de su oración se aflige, se conturba, se entristece y suda sangre por la vivísima aprehension de los tormentos que le esperan en su pasión dolorosa, Juan ha de asistir á la trágica escena, y ha de dar testimonio á la verdad. No hallareis milagro de Jesucristo, ó acción ruidosa de Jesucristo, obra distinguida de Jesucristo, en que no le acompañase el querido del alma: en las ciudades, en los desiertos, en el monte, en el Cenáculo, en el

Huerto, de día, de noche, á todas horas, comiendo, velando, reposando y padeciendo, siempre vá á su lado este discípulo fidelísimo como compañero indiviso, como sombra inseparable del cuerpo. Ni Juan podía vivir sin Jesucristo, ni Jesucristo parece que se hallaba con gusto sin la persona de Juan. ¡Oh Dios, y cuán estrechamente aprisionan las cadenas de vuestro divino amor!

El corazón de Juan, herido y lastimado con las agudas flechas del amor al divino Maestro, es un volcán que no respira sino incendios, que no arroja sino incendios, que muere si cesan los incendios. Jesucristo, prendado de esta pasión amorosa, no quiso defraudar sus deseos y sus ansias, pues, además de aquellas ternuras y muestras de cariño que le daba de continuo, quiso admitirle á la más íntima comunicación, y al más estrecho abrazo de confianza que pudo haber en aquella altísima y benignísima majestad. Ya entendeis que os voy á hablar del delicioso pasaje de la noche de la última Cena. Cuando todos los discípulos sentados á la mesa estaban presenciando la institución de aquellos nuevos y tremendos misterios con admiración y asombro, sin atreverse á levantar los ojos; y cuando todos ellos estaban sorprendidos de aquellas novedades y maravillas, temblando al oír de la boca del Salvador, que entre ellos había un traidor que le había de vender; el discípulo amado nunca más amado que en este lance, muy quieto, muy tranquilo y sosegado se reclinó á dormir un dulce sueño; pero ¿sobre qué lecho? ¡Oh santo Cielo! sobre el sacratísimo pecho de Jesús. No me vengan ahora los críticos á notar esta acción de poca urbanidad y cortesía; ¿quién le ha puesto jamás leyes al amor? ¿Quién ha sido consejero del Señor de la gloria? Si Él quiere que el amado descanse en su propio seno y tome posesion de su mismo corazón; ¿quién pondrá cortapisa al ardor de su cariño? ¡Oh Dios mío, adorable y soberano dueño! ¿Qué condescendencia es esta? ¿Qué dignacion es esta? ¿Qué bondad, qué misericordia es esta? El Bautista no se atrevía á tocar vuestra sagrada cabeza; Tomás tocó vuestras llagas con temor y temblor; la Magdalena se tuvo por feliz con asirse de vuestros piés; la Esposa de los Cantares, tan favorecida y confiada, suspiraba por besar vuestros lábios, y pedía con impaciencia que la pusierais como sello sobre vuestro brazo, como sello sobre vuestro corazón; pero este favor y esta gracia había de tener su cumplimiento en el discípulo amado. Sí, hermanos míos; Juan descansa en el corazón de Jesús como en un lecho de flores. Ángeles del Cielo, venid á ver este espectáculo; venid á guardar el sueño al privilegiado amante. Pero nó, no necesita de guardias ni centinelas; el Omnipotente le protege con sus alas, y le hace sombra

la virtud del Altísimo. Él se deleita con el amado y le comunica sus dones; amor de Jesucristo con Juan el más afectuoso y tierno, y al mismo tiempo el más generoso y magnífico.

El amor del mundo, regularmente, es falaz y fementido; promete mucho y dá poco; tiene la lengua larga y las manos cortas, las expresiones huecas y pomposas, las obras fallidas y vanas. Solo Dios es leal y verdadero amante; solo Dios es magnífico y dadivoso; no hay acción que no recompense, obra que no galardone, aflicción que no consuele, nublado que no disipe, lágrima que no enjugue, trabajo que no corone. Los que sirven á este legítimo dueño, reciben tantos favores y regalos, tantas gracias y misericordias, que se ven precisados á clamar con el profeta: «Señor, tus amigos son honrados con exceso, y más vale un día en los átrios de tu casa, que millares en los tabernáculos de los pecadores.» ¿Cómo se portó Jesucristo con su discípulo Juan, y cómo le pagó el amor que profesaba al divino Maestro? Escuchad á S. Bernardo. Lo que el Unigénito hijo de Dios bebió en el seno de su eterno Padre, bebió Juan en el pecho del Verbo. Para Juan no hubo arcano reservado, secreto encubierto, ni misterio escondido; todo abierto y franqueado, todo patente y accesible á la sublimidad de sus luces, á la ilustración de su entendimiento y á la facilidad de su lengua. Las maravillas que vió Pablo en el tercer Cielo, no era lícito al hombre preferirlas; pero lo que no era lícito al hombre Pablo, era lícito al águila Juan, contemplador de la luz eterna, sin pestañearle los ojos ni turbársele la vista. Como Jesucristo dió á Juan su mismo corazón cuando le recostó en su pecho, le hizo tesorero y dispensador de todas sus riquezas. De esta mina inagotable sacó aquellos altos conocimientos con que, en sentir del Damasceno, excedió á los patriarcas, superó á los profetas, y se elevó sobre los mismos apóstoles. En este espejo clarísimo vió y entendió los más profundos arcanos, la alteza de la divinidad, la emanación y distinción de las personas, la unidad de la esencia, la identidad de los atributos, la generación del Verbo, la procesion del Espíritu Santo; el orden de la Providencia, la economía y dispensación de la gracia, la elección de los escogidos, la reprobación de la Sinagoga, la fundación de la Iglesia, la abolición de las antiguas ceremonias; la perpetuidad del nuevo sacerdocio, el cumplimiento de las profecías, la redención del género humano, la vocación de las gentes, la predestinación de los santos; lo pasado, lo presente, lo futuro, la firmeza de la fé y sus oposiciones; el imperio de la cruz y sus contrastes, los esfuerzos del Infierno para arruinar esta fábrica, y la virtud del Excelso que sostiene la grande obra de

sus manos. En fin, Juan bebió en el seno del Unigénito lo que éste bebió en el seno del Padre. Abrid el libro de su Evangelio: ¿qué hallareis? Un volumen de pocas páginas; pero más sacramentos que sílabas, más misterios que letras. ¡Oh favorecido discípulo! cuánto te debemos! ¡Cuán obligados estamos á tanta luz y copia de verdades como nos has manifestado! ¡Y cuánto te enriqueció el Señor de la gloria en cuyo pecho descansaste!

Ya no extraño, hermanos míos, que S. Pedro Damian, sobreecogido de asombro en vista de la alta sabiduría de este apóstol, le llame la lengua del Espíritu Santo, cedro del Paraíso, sol del mundo, ornamento del órbe, clarín del Cielo, antorcha de los hombres, espejo de los ángeles. Ya no extraño que S. Juan Crisóstomo diga, que los espíritus celestiales cursaron la escuela de este supremo maestro, y no supieron muchas cosas hasta que las aprendieron de la boca de Juan. Con efecto: en el Apocalipsis que escribió en la isla de Patmos y dirigió á las iglesias del Asia, Efeso, Esmirna, Pérgamo, Sardis, Tiatira, Laodicea y Filadelfia; en este libro cerrado, se contienen tantos misteriosos enigmas, tantos arcanos impenetrables, tantas visiones y revelaciones, tantas noticias de superior órden privativamente comunicadas á la mente de este profeta, que los intérpretes y santos Padres no han podido hasta ahora apaar este abismo profundísimo en toda la extensión que abrazan sus vaticinios. Sus epístolas canónicas son el magisterio de la moral, el resumen de la ley de amor, y la regla de las costumbres. En ellas tienen todos los estados sus respectivas instrucciones y prescritos los términos de sus deberes: los prelados, de prudencia; los súbditos, de subordinación; los eclesiásticos, de buen ejemplo; los seglares, de aprovechamiento; las casas, de concordia; las vírgenes, de pureza; las viudas, de recogimiento; los ancianos, de gravedad; los jóvenes, de sumisión; los príncipes, de justicia; los súbditos, de fidelidad; los enfermos, de paciencia; los ricos, de misericordia; los pobres, de conformidad; los agravados, de mansedumbre; los pecadores, de penitencia; los inocentes, de humildad, gratitud y acción de gracias; respirando por todas partes la paz, la union y caridad fraternal, y tantas llamas de dilección y de amor, que se echa de ver, abiertamente, estar fundidas y fragnadas en un pecho lleno de celestial y divino fuego. Empeñado el Salvador en dar á este discípulo predilecto el más fino testimonio de su amor, enriqueció su alma con el espíritu de sabiduría é inteligencia, y le comunicó sin reserva los más sublimes y preciosos dones.

Pero faltaba todavía poner el sello á sus finezas; y para verificarlo,

le entregó su propia Madre, y transfirió en la persona de Juan todos los cariños y los derechos de hijo. Solo este apóstol sagrado tuvo constancia y firmeza en la deshecha tormenta que levantó el Infierno contra el Redentor del mundo; y cuando todos los discípulos le abandonaron, este fiel amigo no desamparó á su Maestro hasta el último aliento. Fijo como un peñasco al pié de la cruz, presencia la más dolorosa tragedia de los siglos; y si bien su corazón murió tantas veces cuantas miraba al Cordero inocente sacrificado á la malicia del mundo, su fidelidad y su amor no le permitían desviarse un momento del amado. Clavado en el madero el Hijo de Dios, padeciendo horribles tormentos y martirios, debilitadas las fuerzas, pálido el rostro, levantado el pecho, y á punto de agonizar y morir, dispuso su testamento. Á Pedro le encomendó la Iglesia; al ladrón le dió el Paraíso, las vestiduras á los soldados, la sangre á los pecadores, el cuerpo á la tierra, el alma á su eterno Padre; pero le restaba una alhaja de su mayor cariño, objeto de todas sus atenciones, imán que le arrastraba el corazón y le partía las entrañas, la Reina de los Cielos y de la tierra, su santísima Madre; y esta joya inestimable la entregó al amado y escogido discípulo. ¿Qué se podrá añadir á este favor y á esta gracia? No se encontró en todo el mundo sugeto de mayor confianza para depositario de este riquísimo tesoro que el evangelista Juan; y éste se vió revestido del carácter y derechos de hijo de María por una suprema adopción, en la que entraron todos los hombres representados en la persona del discípulo amado. Desde aquella hora tomó Juan á su cargo el cuidado de la Madre de Jesús y Madre suya; pero ¡con qué solicitud y con qué esmero! Él la sirvió toda la vida; pero ¡con qué fidelidad, con qué cariño! Él la trataba de continuo; pero ¡con qué atención, con qué respeto! Él la consultaba en sus dudas; pero ¡con qué subordinación, con qué reverencia! Él se miraba en su rostro como en un espejo; pero ¡con qué honestidad, con qué decoro! Él la amaba más que á su alma; pero ¡con qué desinterés, con qué limpieza! Él era el ayo de esta princesa, el ángel de su custodia, el sacerdote de este sagrario, el conductor de esta Arca del Testamento, y jamás la perdió de vista hasta que subió á los Cielos á sentarse á la diestra del Hijo que salió de sus entrañas. ¡Dicha incomparable de Juan, en la que no tuvo igual ni semejante! Jesucristo le amó con un amor parcial y privilegiado, lleno de ternura y confianza, con un amor de magnificencia y largueza generosa.

Os he dado un tosco diseño de este discípulo amado: no puedo dilatarme más en sus elogios, porque no es justo abusar por más tiempo de vuestra paciencia. Sus tareas apostólicas, su predicación eván-

gélica, sus gloriosas conquistas, los ópimos frutos de su celo en las Iglesias del Asia, sus frecuentes y estupendos milagros, su martirio en Roma, su destierro á Patmos, su vida prolongada por una centuria, su muerte tranquila y plácida en la paz y ósculo del Señor; todo fué admirable, todo asombroso y peregrino; todo merece nuestra admiración y nuestras alabanzas, aunque no todo pueda ser imitado por nuestra flaqueza. No podemos aspirar á ser apóstoles como Juan, ni evangelistas como Juan, ni doctores como Juan, ni profetas como Juan; pero podemos y debemos ser discípulos fieles del Redentor como este dichoso Santo. En mi mano está el ser amigo de Dios, decía el grande Agustino. Como yo dé mi corazón al Señor, estoy cierto que Él tambien me dará el suyo. No se hace sordo el esposo á los gemidos del alma que desea ser su esposa; siempre está pronto á recibirla, como quiera ella, sinceramente, descansar en sus brazos. He dicho si quiere sinceramente, porque no basta una voluntad indecisa y fluctuante; ha de ser eficaz y resuelta. El amor de Dios real y verdadero excluye toda falsedad y perfidia: el amor de Dios sólido y firme excluye toda volubilidad é inconstancia: el amor de Dios activo y laborioso excluye toda flojedad y tibieza: el amor de Dios fino y apreciativo excluye toda afición á otro objeto que diga contrariedad, oposición al supremo y soberano dueño. Ni deleites del mundo, ni ambiciones del mundo, ni intereses, ni honores, ni glorias del mundo, no se pueden hermanar con el amor de Dios. Pidamos, pues, al Señor, que encienda en nuestros corazones esta dichosa llama de su divino amor, que es el que hace santos en esta vida y bienaventurado en la eternidad de la Gloria.